
Las Preciosas Ridículas

Molière

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 1724

Título: Las Preciosas Ridículas

Autor: Molière

Etiquetas: Teatro, Comedia

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 6 de octubre de 2016

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Comedia en un acto estrenada en París en 1659

Personajes

LA GRANGE.

DU CROISY.

GORGIBUS, probo burgués.

MADELÓN, hija de Gorgibus.

CATHOS, sobrina de Gorgibus.

MAROTTE, sirvienta de la preciosas ridículas.

EL MARQUÉS DE MASCARILLA, criado de La Grange.

EL VIZCONDE DE JODELET, criado de Du Croisy.

PORTADORES DE LITERA.

La escena, en París, en casa de GORGIBUS.

Acto único

Escena I

LA GRANGE y DU CROISY.

DU CROISY.— ¿Señor La Grange?

LA GRANGE.— ¿Qué?

DU CROISY.— Miradme un poco, sin reíros.

LA GRANGE.— ¿Y bien?

DU CROISY.— ¿Qué decís de nuestra visita? ¿Estáis muy satisfecho de ella?

LA GRANGE.— A vuestro juicio, ¿tenemos motivo para estarlo los dos?

DU CROISY.— No del todo, en verdad.

LA GRANGE.— En cuanto a mí, os confieso que me tiene completamente escandalizado. ¿Se ha visto nunca a dos bachilleras provincianas hacerse más desdeñosas que éstas y a dos hombres tratados con más desprecio que nosotros? Apenas si han podido decidirse a ordenar que nos dieran unas sillas. No he visto jamás hablarse tanto al oído como hacen ellas, bostezar tanto, restregarse tanto los ojos y preguntar tantas veces: «¿Qué hora es?» No han contestado más que sí o no a todo cuanto hemos podido decirles. ¿Y no confesaréis, en fin, que aun cuando hubiéramos sido las últimas personas del mundo, no podía tratárenos peor de lo que lo han hecho?.

DU CROISY.— Paréceme que tomáis la cosa muy a pecho.

LA GRANGE.— La tomo, sin duda, y de tal suerte, que quiero

vengarme de esta impertinencia. Sé lo que ha motivado ese desprecio. El estilo precioso no solo ha infestado París, sino que también se ha extendido por las provincias, y nuestras ridículas doncellas han absorbido su buena dosis. En una palabra: sus personas son una mezcla de preciosas y de coquetas. Ya veo lo que hay que ser para que le reciban a uno bien; y si me hacéis caso, les prepararemos una jugarreta que les hará ver su necedad y podrá enseñarles a conocer un poco mejor el mundo.

DU CROISY.— ¿Y cómo, pues?

LA GRANGE.— Tengo cierto criado, llamado Mascarilla, que pasa, en opinión de muchas gentes, por una especie de cultilocuente, pues no hay nada más asequible hoy en día que la cultilocuencia. Es un maniático a quien se le ha metido en la cabeza alardear de hombre distinguido. Se precia, por lo regular, de galante y de poeta, y desdeña a los otros criados, hasta llamarlos bestias.

DU CROISY.— ¿Y qué pretendéis que haga?

LA GRANGE.— ¿Qué pretendo que haga? Es preciso... Mas salgamos antes de aquí.

Escena II

GORGIBUS, DU CROISY y LA GRANGE.

GORGIBUS.— Qué, ¿habéis visto a mi sobrina y a mi hija? ¿Marcha bien el negocio? ¿Cuál es el resultado de esta visita?

LA GRANGE.— Eso es cosa que podréis saber mejor por ellas que por nosotros. Todo cuanto podemos deciros es que os expresamos nuestro agradecimiento por el favor que nos habéis dispensado y seguimos siendo vuestros muy humildes servidores.

DU CROISY.— Vuestros muy humildes servidores.

GORGIBUS.— (Solo.) ¡Oiga! Parece que salen disgustados de aquí. ¿De dónde podrá provenir su descontento? Hay que enterarse de lo que es, ¡Hola!

Escena III

GORGIBUS y MAROTTE.

MAROTTE.— ¿Qué deseáis, señor?

GORGIBUS.— ¿Dónde están vuestras amas?

MAROTTE.— En su aposento.

GORGIBUS.— ¿Qué hacen?

MAROTTE.— Pomada para los labios.

GORGIBUS.— Ya es demasiado unto; decidles que bajen.

Escena IV

GORGIBUS, solo

GORGIBUS.— Esa bribonas paréceme que tienen ganas de arruinarme con su pomada. No veo por todas partes más que claras de huevo, leche virginal y mil otros chismes que no conozco. Han consumido, desde que estamos aquí, la grasa de una docena de cerdos, cuando menos, y vivirían cuatro criados, a diario, con las pezuñas de carnero que emplean.

Escena V

MADELÓN, CATHOS y GORGIBUS.

GORGIBUS.— ¿Es muy necesario, realmente, hacer tanto gasto para engrasarnos el hocico? Decidme, por favor: ¿Qué habéis hecho a esos caballeros que los he visto salir con tanta frialdad? ¿No os había recomendado que los recibierais como personas a quienes quería yo daros por maridos?

MADELÓN.— ¿Y qué estima, padre mío, queréis que hagamos de la conducta irregular de esas gentes?

GORGIBUS.— ¿Qué tenéis que decir de ellas?

MADELÓN.— ¡Linda galantería la suya! ¡Cómo! ¿Empezar lo primero por el casamiento?

GORGIBUS.— ¿Y por dónde quieres entonces que empiecen? ¿Por el concubinato? ¿No es una conducta de la que tenéis motivo para estar satisfechas, y tanto vosotras dos como yo? ¿Hay nada más de agradecer que eso? Y ese lazo sagrado al que aspiran, ¿no es prueba de la honradez de sus intenciones?

MADELÓN.— ¡Ah, padre mío, lo que decís es propio del último burgués! Me avergüenza oírlos hablar de ese modo y debierais haceros enseñar el aire elegante de las cosas.

GORGIBUS.— No necesito ni aire ni canción. Te digo que el matrimonio es una cosa santa y sagrada, y que es obrar como gente honrada empezar por eso.

MADELÓN.— ¡Dios mío! ¡Si todo el mundo se os semejase, se acabaría muy pronto una novela! Bonita cosa si Ciro se casara lo primero con Mandané y Aroncio contrajera

casamiento, sin dificultad, con Clelia.

GORGIBUS.— ¿Qué me viene a contar ésta?

MADELÓN.— Padre mío, aquí está mi prima, que os dirá igual que yo: que el matrimonio no debe nunca llegar sino después de las otras aventuras. Es preciso que un amante, para ser agradable, sepa declamar los bellos sentimientos, exhalar lo tierno, lo delicado y lo ardiente, y que su esmero consista en las formas. Primero, debe ver en el templo o en el paseo, o en alguna ceremonia pública, a la persona de la que esté enamorado, o si no, ser llevado fatalmente a casa de ella por un pariente o un amigo y salir de allí todo soñador o melancólico. Esconderá cierto tiempo su pasión hacia el objeto amado, haciéndole, sin embargo, varias visitas, donde no deje de sacar a colación un tema galante que espolee a las personas de la reunión. Llegado el día, la declaración debe hacerse generalmente en la avenida de algún jardín, mientras la compañía se ha alejado un poco, y esta declaración ha de ir seguida de un pronto enojo, que se revele en nuestro rubor y que aleje durante un rato al amante de nuestra presencia. Luego, encuentra medios de apaciguarnos, de acostumbrarnos insensiblemente al discurso de su pasión, de obtener de nosotras esa confesión tan desagradable. Después de esto vienen las aventuras, los rivales que se atraviesan ante una inclinación arraigada, las persecuciones de los padres, los celos cimentados en falsas apariencias, las quejas, las desesperaciones, los raptos y todo lo demás. He aquí cómo se ejecutan las cosas dentro de las maneras elegantes, y con esas reglas, de las que no se podría prescindir en buena galantería. Mas el llegar de buenas a primeras a la unión conyugal, hacer al amor tan solo al concertar el contrato matrimonial y empezar justamente la novela por la cola, os repito, padre mío, que no hay nada más vulgar que ese proceder, y me dan náuseas sólo de pensar en eso.

GORGIBUS.— ¿Qué diablo de jerigonzas estoy oyendo? Eso es, realmente, gran estilo.

CATHOS.— En efecto, tío; mi prima da en el quid de la cosa. ¡El medio de recibir bien a gentes que son completamente chabacanas en galanterías! Estoy por apostar que no han visto nunca el mapa de la Ternura, y que los Dulces Billetes, las Atenciones Delicadas, las Esquelas Galantes y los lindo Versos, son tierras desconocidas para ellos. ¿No veis que su persona entera revela eso y que carecen de ese aire que da a primera vista una buena opinión de la gente? Venir de visita amorosa con una pierna toda lisa, un sombrero desprovisto de plumas, una cabeza de cabellera irregular y una chupa que padece indigencia de cintas. ¡Dios mío! ¿Qué amantes son esos? ¡Qué sobriedad de atavíos y qué sequedad de conversación! No se pueden soportar ni resistir. He notado asimismo que sus valonas no son de buena procedencia, y que falta medio pie largo para que sus calzas sean lo suficientemente anchas.

GORGIBUS.— Creo que están locas las dos; no logro entender nada de esta jerga. Cathos, y tú, Madelón..

MADELÓN.— ¡Oh, por favor, padre mío. prescindid de estos nombres raros y llamadnos de otro modo!

GORGIBUS.— ¡Cómo! ¿Esos nombres raros no son los vuestros de pila?

MADELÓN.— ¡Dios mío, qué vulgar sois! Uno de mis asombros es que hayáis podido tener una hija tan espiritual como yo. ¿Se ha dicho jamás en estilo distinguido, Cathos o Madelón? y no me confesaréis que bastaría con uno de estos nombres para desacreditar la más bella novela de mundo.

GORGIBUS.— Escuchad: basta solo con una palabra. No consiento en modo alguno que llevéis otros nombres que los que fueron dados por vuestros padrinos y madrinas, y en cuanto a esos señores de que se trata, conozco sus familias y sus bienes, y quiero que os dispongáis a aceptarlos por maridos. Me canso de teneros a mis espaldas, y la custodia

de dos doncellas es una carga demasiado pesada para un hombre de mi edad.

CATOS.— Por lo que a mí se refiere, todo cuanto puedo decir es que encuentro el matrimonio una cosa completamente molesta. ¿Cómo puede sufrirse el pensamiento de acostarse con un hombre totalmente desnudo?

MADELÓN.— Permitid que respiremos un poco el alto mundo de París, adonde acabamos de llegar. Dejadnos forjar a gusto la trama de nuestra novela y no apresuréis tanto su final.

GORGIBUS.— (Aparte.) No cabe duda, están locas. (Alto.) Repito que no entiendo nada de todas esas pamplinas; quiero ser amo absoluto, y para cortar toda clase de discursos, o estáis casadas las dos muy pronto, o, ¡a fe mía!, que seréis monjas; lo juro de verdad.

Escena VI

CATHOS y MADELÓN.

CATHOS.— ¡Dios mío, querida, qué clavada tiene tu padre la forma en la materia! ¡Qué obtusa es su inteligencia y qué oscura está su alma!

MADELÓN.— ¿Qué quieres, querida? Me abochorno por él. Me cuesta trabajo convencerme que yo pueda ser realmente hija suya, y creo que, un buen día, alguna aventura vendrá a revelarme un origen más ilustre.

CATHOS.— Sería muy de creer, y tiene todas las apariencias de ello; en cuanto a mí, cuando me contemplo...

Escena VII

CATHOS, MADELÓN y MAROTTE

MAROTTE.— Ahí está un lacayo que pregunta si estáis en casa; dice que su amo desea venir a veros.

MADELÓN.— Aprended, necia, a expresaros con menos vulgaridad; decid: «Ahí está un imprescindible que pregunta si os encontráis en adecuación de estar visibles».

MAROTTE.— ¡Diantre! No entiendo latín y no he aprendido como vos la filosofía en el Gran Ciro.

MADELÓN.— ¡Impertinente! ¡No hay modo de sufrir esto! ¿Y quién es el amo de ese lacayo?

MAROTTE.— Le ha llamado el marqués de Mascarilla.

MADELÓN.— ¡Ah querida mía, un marqués! Sí; id a decir que se nos puede ver. Es, sin duda, un ingenio que habrá oído hablar de nosotras.

CATHOS.— Seguramente, querida.

MADELÓN.— Hay que recibirle en esta sala baja mejor que en nuestro aposento. Aviemos un poco nuestros cabellos, por lo menos, y mantengamos nuestra reputación. ¡Pronto!, traednos aquí el consejo de las Gracias.

MAROTTE.— ¡Por vida de...! No sé que animal es ese; hay que hablar en cristiano si queréis que os entienda.

CATHOS.— Traednos el espejo, ignorante, y guardaos mucho

de mancillar su luna con la interposición de vuestra imagen.
(Vase.)

Escena VIII

MASCARILLA y dos PORTEADORES DE LITERA.

MASCARILLA.— ¡Hola, porteadores, hola! ¡Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya! Paréceme que estos bergantes tienen el propósito de destrozarme a fuerza de chocar contra los muros y el empedrado.

PRIMER PORTEADOR.— ¡Pardiez! Es que la puerta resulta estrecha. También habéis querido que entrásemos hasta aquí.

MASCARILLA.— Ya lo creo. ¿Querríais, ganapanes, que expusiera la robustez de mis plumas a las inclemencias de la estación lluviosa y que fuera a hundir mis zapatos en el barro? Vamos, quitad vuestra litera de aquí.

SEGUNDO PORTEADOR.— Pagadnos, si os place, señor.

MASCARILLA.— ¿Eh?

SEGUNDO PORTEADOR.— Digo, señor, que nos deis dinero, si gustáis.

MASCARILLA.— (Dándole un bofetón.) ¿Cómo, pícaro, pedís dinero a una persona de mi calidad?

SEGUNDO PORTEADOR.— ¿Es así como se paga a la pobre gente? ¿Y vuestra calidad nos dará de comer?

MASCARILLA.— ¡Ah, ah! ¡Ya os enseñaré a conoceros! ¡Atreverse este canalla a burlarse de mí!

PRIMER PORTEADOR.— (Cogiendo uno de los varales de la litera.) Vamos, pagadnos prontamente.

MASCARILLA.— ¡Cómo!

PRIMER PORTEADOR.— Digo que quiero el dinero, sin dilación.

MASCARILLA.— Es razonable.

PRIMER PORTEADOR.— Pronto, pues.

MASCARILLA.— ¡Diantre! Tú hablas como hay que hacerlo; pero el otro es un bribón que no sabe lo que dice. Ten: ¿Estás contento?

PRIMER PORTEADOR.— No; no estoy contento; habéis dado un bofetón a mi camarada, y... (Alzando su varal.)

MASCARILLA.— Poco a poco. Ten: ahí va, por el bofetón. Se consigue todo de mí por las buenas. Id y volved a recogerme dentro de un rato para ir al Louvre y asistir a la entrada del rey en el lecho.

Escena IX

MAROTTE y MASCARILLA.

MAROTTE.— Señor, dentro de un momento vendrán mis amas.

MASCARILLA.— Que no se apresuren; estoy aquí instalado cómodamente para esperar.

MAROTTE.— Ya llegan.

Escena X

MADELÓN, CATHOS, MASCARILLA y MAROTTE.

MASCARILLA.— (Después de haber saludado.) Señoras mías, os sorprenderá, sin duda, la osadía de mi visita; mas vuestra reputación os acarrea este mal negocio, y el mérito posee para mí tan poderosos encantos, que corro tras él por todas partes.

MADELÓN.— Si perseguís el mérito, no debéis cazar en nuestras tierras.

CATHOS.— Para ver mérito en nosotras es preciso que lo hayáis aportado vos mismo.

MASCARILLA.— ¡Ah! Alego falsedad en vuestra palabra. La fama pone justamente de manifiesto lo que valéis, y vais a dar pique, repique y capote a todo cuanto hay de galante en París.

MADELÓN.— Vuestra deferencia lleva demasiado adelante la liberalidad de sus alabanzas, y mi prima y yo nos guardamos muy bien de tomar en serio la benevolencia de vuestra lisonja.

CATHOS.— Querida, habría que ofrecer sillas.

MADELÓN.— ¡Marotte!

MAROTTE.— Señora.

MADELÓN.— Pronto; acarreadnos aquí las comodidades para la conversación.

(Sale MAROTTE.)

MASCARILLA.— Mas, ¿habrá, al menos, aquí seguridad para mí?

CATHOS.— ¿Qué teméis?

(Vuelve MAROTTE con un sillón y sale de nuevo.)

MASCARILLA.— Algún robo de mi corazón, cualquier asesinato de mi franqueza. Veo aquí ojos que tienen aspecto de ser muy malas piezas, de atacar a las libertades y de tratar a un alma como el Turco al Moro. ¡Cómo, diablo! No bien se les acerca uno, se ponen en mortífera guarda. ¡Ah! Desconfío, a fe mía. Y voy a poner pies en polvorosa o exijo garantía burguesa de que no me harán ningún daño.

MADELÓN.— Querida mía, es un carácter jovial.

CATHOS.— Ya veo que es realmente un Amílcar.

MADELÓN.— No temáis nada; nuestros ojos no tienen malos propósitos y vuestro corazón puede descansar con tranquilidad en su probidad.

CATHOS.— Mas, por favor, caballero, no seáis inexorable con este sillón que os tiende los brazos hace un cuarto de hora; satisfaced un tanto el deseo que tiene de abrazaros.

MASCARILLA.— (Después de haberse atusado la cabellera y dado unos toques a sus cañones.) Pues bien, señoras mías, ¿qué decís de París?

MADELÓN.— ¡Ay! ¿Y qué podríamos decir? Habría que ser antípoda de la razón para no confesar que París es el gran mostrador de las maravillas, el centro del buen gusto, del ingenio y de la galantería.

MASCARILLA.— Por mi parte, afirmo que, fuera de París, no hay salvación para las personas de probidad.

CATHOS.— Es un verdad irrefutable.

MASCARILLA.— Está un poco embarrado, pero tenemos la litera.

MADELÓN.— En verdad que la litera es un atrincheramiento maravilloso contra las injurias del barro y del mal tiempo.

MASCARILLA.— ¿Recibís muchas visitas? ¿Qué ingenio os frecuenta?

MADELÓN.— ¡Ay! No somos aún conocidas; mas estamos en camino de serlo, y tenemos un amiga particular que nos ha prometido aportarnos aquí todos esos señores de la Compilación de Obras Escogidas.

CATHOS.— Y a algunos otros que nos han mencionado también como árbitros soberanos de las bellas cosas.

MASCARILLA.— Yo serviré vuestros deseos mejor que nadie; todos ellos me visitan, y puedo decir que no me levanto nunca sin media docena de ingenios alrededor.

MADELÓN.— ¡Ah Dios mío! Os quedaremos agradecidas hasta lo sumo si nos hacéis esa merced, ya que, en fin, es preciso trabar conocimiento con todos esos señores si quiere una pertenecer al gran mundo. Ellos son los que ponen en movimiento la reputación en París, y ya sabéis que hay algunos cuyo solo trato basta para daros fama de inteligente, aunque no hubiera otra cosa. Mas, por mi parte, lo que pienso, especialmente, es que, por medio de esas visitas espirituales, se informa una de ciertas cosas que hay que saber necesariamente, y que son esenciales a un espíritu escogido. Con ellos se conocen a diario las pequeñas noticias galantes, las lindas relaciones en prosa y verso. Se sabe a punto fijo que aquel ha compuesto la más bella obra del mundo sobre tal tema; que tal otro ha escrito la letra de tal aire; que éste ha hecho un madrigal sobre un goce; que el de más allá ha compuesto unas estancias sobre un infidelidad; que el caballero tal escribió anoche una sextilla a la señorita cuál, cuya respuesta le ha enviado ella esta mañana

alrededor de las ocho; que tal autor ha formulado tal proyecto; que aquel otro está en la tercera parte de su novela, y que éste tiene sus obras en las prensas. Eso es lo que da realce en las reuniones, y si se ignoran esas cosas, no daría yo un sueldo por el ingenio que pueda tenerse.

CATHOS.— En efecto, encuentro que es enaltecer el ridículo el que una persona se jacte de talento y no sepa hasta la menor cuarteta que hace cotidianamente; y, por mi parte, me sentiría altamente sonrojada en caso de que vinieran a preguntarme si había yo visto algo nuevo y fuera negativa mi respuesta.

MASCARILLA.— En verdad es afrentoso no ser los primeros en saber todo cuanto se hace; pero no os inquietéis: quiero fundar en vuestra casa una academia del buen tono, y os prometo que no se hará un solo verso en París que no sepáis de memoria antes que todos los demás. Por mi parte, tal como me veis, me aplico a ello un poco cuando quiero, y veréis circular por las bellas callejas de París, cual muestras de mi estilo, doscientas canciones, otros tantos sonetos, cuatrocientos epigramas y más de mil madrigales, sin contar los enigmas y los retratos.

MADELÓN.— Os confieso que me desvivo furiosamente por los retratos; no encuentro nada tan galante como eso.

MASCARILLA.— Los retratos son difíciles y requieren un profundo ingenio; y ya veréis algunos de mi estilo que no os disgustarán.

CATHOS.— Yo, por mi parte, adoro con frenesí los enigmas.

MASCARILLA.— Eso ejercita el ingenio, y esta misma mañana he hecho cuatro, que os daré a resolver.

MADELÓN.— Los madrigales son agradables cuando están bien hechos.

MASCARILLA.— Son mi habilidad especial, y me dedico ahora

a escribir en madrigales toda la historia romana.

MADELÓN.— ¡Ah! Será realmente algo de una perfecta belleza; me reservaréis un ejemplar, cuando menos, si la hacéis imprimir.

MASCARILLA.— Os prometo reservároslos a cada una y de los mejor encuadernados. Ello está por debajo de mi condición; mas lo hago solamente para dar a ganar a los libreros que me persiguen.

MADELÓN.— ¡Me imagino que será un gran placer verse impreso!

MASCARILLA.— Sin duda. Mas, a propósito, tengo que repetiros una improvisación que hice ayer en casa de una duquesa amiga mía, a quien fui a visitar, pues soy endemoniadamente hábil en improvisaciones.

CATHOS.— La improvisación es precisamente la piedra de toque del ingenio.

MASCARILLA.— Escuchad, pues.

MADELÓN.— Somos todo oídos.

MASCARILLA.— ¡Oh, oh! No estaba atento;—

mientras os miro, sin vil pensamiento,—vuestros ojos, furtivos, róbanme el corazón.— —¡Al ladrón, al ladrón, al ladrón, al ladrón!—

CATHOS.— ¡Ah, Dios mío! Es llegar al más alto grado de la galantería.

MASCARILLA.— Todo cuanto hago tiene un aire de soltura; no huele a pedante.

MADELÓN.— Está a más de dos mil leguas de ello.

MASCARILLA.— ¿Habéis observado ese principio? ¡Oh, oh! Es

extraordinario. ¡Oh, oh! como un hombre que cae de pronto en la cuenta. ¡Oh, oh! Es la sorpresa, ¡Oh, oh!

MADELÓN.— Sí; encuentro admirable ese ¡oh, oh!

MASCARILLA.— Parece que no es nada.

CATHOS.— ¡Ah, Dios mío! ¿qué decís? Estas son cosas que no tienen precio.

MADELÓN.— Sin duda, y mejor preferiría haber hecho es «¡oh, oh!» que un poema épico.

MASCARILLA.— ¡Voto a bríos! Tenéis un gusto excelente.

MADELÓN.— ¡Vaya! No lo tengo del todo malo.

MASCARILLA.— Pero ¿no admiráis también ese «no estaba atento», «no estaba atento», no lo advertía? Manera natural de hablar; «no estaba atento, mientras os miro, sin vil pensamiento», mientras inocentemente, sin malicia ni impureza, como un pobre carnero «os miro», es decir, me complazco en contemplaros, os observo, os examino; «vuestrós ojos, furtivos...» ¿Qué os parece esa palabra «furtivos»? ¿No está bien escogida?

CATHOS.— Perfectamente bien.

MASCARILLA.— «Furtivos», es decir, obrando a escondidas; parece como si fuera una gato que acaba de coger un ratón; «furtivos»...

MADELÓN.— No puede haber nada mejor.

MASCARILLA.— «Róbanme el corazón». Me lo arrebatan, me lo quitan. «¡Al ladrón, al ladrón, al ladrón, al ladrón!»

MADELÓN.— Preciso es confesar que eso tiene un tono espiritual y galante.

MASCARILLA.— Quiero repetiros el aria que he compuesto

sobre eso.

CATHOS.— ¿Habéis aprendido música?

MASCARILLA.— ¿Yo? En absoluto.

CATHOS.— ¿Y cómo puede realizarse eso?

MASCARILLA.— La gente de calidad lo sabe todo sin haber aprendido nunca nada.

MADELÓN.— Seguramente, querido.

MASCARILLA.— Escuchad, a ver si el aria es de vuestro agrado: «¡Tra, lara, la, lala, la!» La brutalidad de la estación ha ultrajado furiosamente la delicadeza de mi voz, mas no importa; tarareo a la soldadesca. (Canta.) «¡Oh, oh! No estaba atento...»

CATHOS.— ¡Ah!, aya un aria apasionada. ¿No provoca la muerte?

MADELÓN.— Hay cromatismo en eso.

MASCARILLA.— ¿No encontráis bien expresado el pensamiento en la canción? «¡Al ladrón!...» Y luego, como si se gritara muy fuerte: «Al, al, al, al, al ladrón». Y súbitamente, como una persona sin aliento: «¡Al ladrón!».

MADELÓN.— Eso es saber la entraña de las cosas, la verdadera entraña, la entraña de la entraña. Todo es maravilloso, os lo aseguro; me entusiasman el aria y la letra.

CATHOS.— No he visto nunca nada de tal vigor.

MASCARILLA.— Todo cuanto hago se me ocurre espontáneamente, sin estudio.

MADELÓN.— La Naturaleza os ha tratado como una verdadera madre apasionada, y sois su hijo mimado.

MASCARILLA.— ¿En qué empleáis el tiempo?

CATHOS.— En nada absolutamente.

MADELÓN.— Hemos estado hasta ahora en un ayuno espantoso de diversiones.

MASCARILLA.— Me ofrezco para llevaros uno de estos días a la comedia, si queréis, ya que van a representar una nueva, y me agradaría que la viésemos juntos.

MADELÓN.— No podemos negarnos.

MASCARILLA.— Mas os pido que aplaudáis como es debido cuando estemos allí, pues me he comprometido a hacer triunfar la obra, y el autor ha venido a rogármelo esta misma mañana. Es costumbre aquí que vengan los autores a nosotros, las personas de calidad, a leernos sus obras nuevas y a conseguirles fama, iy ya podéis imaginaros si, cuando decimos nosotros algo, se atreve el patio a contradecirnos! Por mi parte, soy muy cumplidor, y cuando prometo a algún poeta, grito siempre: «¡Esto es hermoso!», antes que estén encendidas las candilejas.

MADELÓN.— No tenéis que decírmelo. París es un lugar admirable. Pasan en él, a diario, cien cosas que se ignoran en provincias por muy espiritual que pueda una ser.

CATHOS.— Con esto basta; y que estamos enteradas, será un deber nuestro alzar la voz como es debido ante todo lo que digan.

MASCARILLA.— No sé si me equivocaré; mas tenéis todo el aspecto de haber hecho alguna comedia.

MADELÓN.— ¡Bah! Pudiera ocurrir algo de lo que decís.

MASCARILLA.— ¡Ah!, a fe mía. Habrá que verla. Entre nosotros, he escrito una que quiero hacer representar.

CATHOS.— ¡Vaya! ¿Y a qué comediantes la entregaréis?

MASCARILLA.— ¡Linda pregunta! A los grandes comediantes; solo ellos son capaces de dar valor a las cosas; los otros son unos ignorantes, que recitan como si hablasen; no saben hacer sonar los versos y detenerse en el buen momento. ¿Y cómo se podría saber dónde se halla el bello verso, si el comediante no se detiene en él y no nos advierte así que hay que provocar el murmullo?

CATHOS.— En efecto, hay maneras de hacer percibir a los oyentes las bellezas de una obra, y las cosas solo valen lo que se las hace valer.

MASCARILLA.— ¿Qué os parecen estas prendas menores? ¿Las encontráis congruentes con el traje?

CATHOS.— Por completo.

MASCARILLA.— ¿Está bien escogida la cinta?

MADELÓN.— Furiosamente bien. Es puro Perdrigeon.

MASCARILLA.— ¿Qué decís de mi encañonado?

MADELÓN.— Tiene un aspecto soberbio.

MASCARILLA.— Puedo alabarme al menos de que tiene una cuarta larga más que todos los que se fabrican.

MADELÓN.— Hay que confesar que no he visto nunca llevar a tan alto grado la elegancia del atavío.

MASCARILLA.— Fijad un poco en estos guantes la reflexión de vuestro olfato.

MADELÓN.— Huelen rabiosamente bien.

CATHOS.— No he respirado nunca un olor tan bien acondicionado.

MASCARILLA.— ¿Y éste? (Da a oler sus cabellos.)

MADELÓN.— Es de verdadera calidad: lo sublime se siente deliciosamente afectado por él.

MASCARILLA.— ¿No me decís nada de mis plumas? ¿Cómo las encontráis?

CATHOS.— Espantosamente bellas.

MASCARILLA.— ¿No sabéis que me cuesta un luis de oro cada pluma? Tengo la manía de proveerme generalmente de todo lo más bello.

MADELÓN.— Os aseguro que simpatizamos vos y yo. Tengo una delicadeza furiosa por todo lo que uso; y desde mi pelo hasta mis calcetines, no puedo tolerar nada que no provenga de una mano maestra.

MASCARILLA.— (Con bruscas exclamaciones.) ¡Ay, ay, ay! ¡Con cuidado! ¡Maldita sea! Señoras mías, está muy mal tratar así; tengo que quejarme de vuestro proceder, no es honrado.

CATHOS.— ¿Qué sucede? ¿Qué os pasa?

MASCARILLA.— ¡Cómo! ¡Las dos al mismo tiempo contra mi corazón! ¡Atacarme a derecha y a izquierda! ¡Ah! Eso es opuesto al derecho de gentes; no es igual la partida, y voy a gritar que me matan.

CATHOS.— Hay que confesar que dice las cosas de una manera especial.

MADELÓN.— Tiene un estilo de una expresión admirable.

CATHOS.— Sentís más miedo que daño, y vuestro corazón grita antes de que lo destrocen.

MASCARILLA.— ¡Cómo, diablo!... Está destrozado desde la cabeza a los pies.

Escena XI

CATHOS, MADELÓN, MASCARILLA y MAROTTE.

MAROTTE.— Señora, quieren veros.

MADELÓN.— ¿Quién?

MAROTTE.— El vizconde de Jodelet.

MADELÓN.— ¿El vizconde de Jodelet?

MAROTTE.— Sí, señora.

CATHOS.— ¿Le conocéis?

MASCARILLA.— Es mi mejor amigo.

MADELÓN.— Hacedle entrar prontamente.

(Sale MAROTTE.)

MASCARILLA.— Hace algún tiempo que no nos hemos visto y me encanta esta aventura.

CATHOS.— Hele aquí.

Escena XII

CATHOS, MADELÓN, JODELET, MASCARILLA y MAROTTE.

MASCARILLA.— ¡Ah, vizconde!

JODELET.— (Mientras se abrazan.) ¡Ah, marqués!

MASCARILLA.— ¡Cuánto me complace verte!

JODELET.— ¡Qué alegría me da encontrarte aquí!

MASCARILLA.— Abrazame otra vez, te lo ruego.

MADELÓN.— (A CATHOS.) Mi buena prima, empezamos a ser conocidas; he aquí el gran mundo que acude ya a visitarnos.

MASCARILLA.— Señoras mías, permitid que os presente a este caballero; a fe mía que es digno de que le conozcáis.

JODELET.— Justo es venir a rendiros lo que se os debe; y vuestros encantos exigen sus derechos señoriales sobre toda clase de personas.

MADELÓN.— Eso es llevar vuestra cortesía hasta los últimos límites de la lisonja.

CATHOS.— Este día debe quedar señalado en nuestro almanaque como un día muy feliz.

MADELÓN.— (A MAROTTE.) Vamos, mocita, ¿Hay que repetiros siempre las cosas? ¿No veis que hace falta un sillón más?

MASCARILLA.— No os extrañe ver así al vizconde; acaba de salir de una enfermedad que le ha dejado el rostro pálido como veis.

(MAROTTE entra con un sillón y vuelve a salir.)

JODELET.— Son los frutos de las vigiliás en la Corte y de las fatigas en la guerra.

MASCARILLA.— ¿No sabéis, señoras, que estáis viendo en el vizconde a uno de los hombres más esforzados del siglo? Es un valiente de pelo en pecho.

JODELET.— No me cedéis en nada, marqués; ya sabemos también lo que sabéis hacer.

MASCARILLA.— Cierto es que ya nos hemos encontrado los dos en la refriega.

JODELET.— Y en sitios donde hacía mucho calor.

MASCARILLA.— (Mirando a CATHOS y a MADELÓN.) Sí; pero no tanto como aquí. ¡Ay, ay, ay!

JODELET.— Nuestra amistad se forjó en la guerra, y la primera vez que nos vimos mandaba él un regimiento de caballería en las galeras de Malta.

MASCARILLA.— Es cierto; pero vos estabais, sin embargo, en ese punto antes de ocuparlo yo, y recuerdo que no era yo más que simple oficial aún, cuando ya mandabais vos dos mil caballos.

JODELET.— La guerra es una cosa muy bella; mas, a fe mía, la Corte recompensa hoy muy mal a las gentes de servicio como nosotros.

MASCARILLA.— Lo cual hace que quiera yo ahorcar el uniforme.

CATHOS.— Yo, por mi parte, siento una furiosa ternura por los hombres de espada.

MADLÓN.— También yo los amo; mas quiero que el ingenio

de realce a la bravura.

MASCARILLA.— ¿Te acuerdas, vizconde, de aquella media luna que arrebatamos a los enemigos en el sitio de Arrás?

JODELET.— ¡No tengo más remedio que recordarlo, pardiez! Fui herido allí en la pierna por una granada, y tengo aún las señales. Tocad un poco, por favor; así comprenderéis qué herida fue aquella.

CATHOS.— (Después de haberle tocado el sitio.) En verdad que es grande la cicatriz.

MASCARILLA.— Prestadme un instante vuestra mano y tocad esta: aquí precisamente detrás de la cabeza. ¿Lo notáis?

MADELÓN.— Sí; noto algo.

MASCARILLA.— Es un mosquetazo que recibí en la última campaña que hice.

JODELET.— (Descubriendo su pecho.) He aquí otra herida que me atravesó de parte a parte en el ataque de Gravelinas.

MASCARILLA.— (Poniendo la mano en el botón de sus calzones.) Voy a mostraros una rabiosa llaga.

MADELÓN.— No es necesario; lo creemos sin verla.

MASCARILLA.— Son las huellas honrosas que revelan lo que uno es.

CATHOS.— No dudamos de lo que sois.

MASCARILLA.— Vizconde, ¿tienes ahí tu carroza?

JODELET.— Sí, ¿para qué?

MASCARILLA.— Llevaríamos a pasear a estas damas fuera de puertas y les haríamos un regalo.

MADELÓN.— No podemos salir hoy.

MASCARILLA.— Traigamos violines para danzar.

JODELET.— ¡A fe mía!, está bien pensado.

MADELÓN.— A eso sí accedemos; pero haría falta algún incremento de compañía.

MASCARILLA.— ¡Hola! ¡Champaña, Picard, Bourguignon, Cascarilla! ¡Al diablo todos los lacayos! Estoy seguro de que no hay en Francia un caballero peor servido que yo. Esos canallas me dejan siempre solo.

MADELÓN.— ¡Marotte!

(Entra MAROTTE.)

Decid a las gentes del señor que vayan a buscar unos violines, y haced que vengan esos señores y esas damas de aquí cerca para poblar la soledad de nuestro baile.

(MAROTTE se va.)

MASCARILLA.— Vizconde, ¿qué dices de estos ojos?

JODELET.— ¿Y qué te parecen a ti, marqués?

MASCARILLA.— Pues yo digo que les va a costar trabajo a nuestras libertades sacar de aquí las bragas enjutas. Al menos, por mi parte, experimento extrañas sacudidas, y mi alma pende de un hilo.

MADELÓN.— ¡Qué natural es todo lo que dice! Expresa las cosas del modo más agradable del mundo.

CATHOS.— En verdad, hace un furioso derroche de ingenio.

MASCARILLA.— Para mostraros que es verdad, voy a haceros una improvisación ahora mismo. (Medita.)

CATHOS.— Os conjuro con toda la devoción de mi alma a que nos hagáis oír algo que haya sido compuesto para nosotras.

JODELET.— Desearía yo hacer otro tanto; mas me encuentro un poco molesto de la vena poética por la cantidad de sangrías que he practicado en ella estos días pasados.

MASCARILLA.— ¿Qué diablos pasa? Hago siempre bien el primer verso; pero me cuesta trabajo componer los demás. A fe mía, esto es quizá harto apresurado; os haré despacio una improvisación, que os parecerá la más bella del mundo.

JODELET.— Tiene un ingenio endemoniado.

MADELÓN.— Y galanura y estilo florido.

MASCARILLA.— Dime, vizconde: ¿Hace mucho tiempo que no has visto a la condesa?

JODELET.— Hace más de tres semanas que no la he visitado.

MASCARILLA.— ¿No sabes que el duque ha venido a verme esta mañana y ha querido llevarme al campo a correr un ciervo con él?

Escena XIII

MADELÓN, CATHOS, MASCARILLA, JODELET y MAROTTE.

MAROTTE.— Ya están listos los violines.

MADELÓN.— Muy bien. Decidles que ya pueden comenzar a tocar.

MASCARILLA.— (Bailando él solo, como preludio.) ¡La, la, la, la, la, la, la, la!

MADELÓN.— Tiene un talle muy elegante.

CATHOS.— Y aspecto de danzar primorosamente.

MASCARILLA.— (Sacando a MADELÓN a bailar.) Mi franqueza va a danzar la corriente lo mismo que mis pies. A compás, violines, a compás. ¡Oh, qué ignorantes! No hay manera de bailar con ellos. ¡Que el diablo os lleve! ¿No sabéis tocar llevando el compás? ¡La, la, la, la, la, la, la, la! Con brío. ¡Oh violines de pueblo!

(Los cuatro bailan en medio de la escena.)

JODELET.— (Después del baile. Jadeando.) ¡Hola! No apresuréis tanto el compás, que acabo de salir de una enfermedad.

Escena XIV

DU CROISY, LA GRANGE, CATHOS, MADELÓN, JODELET, MASCARILLA y MAROTTE.

LA GRANGE.— (Con un palo en la mano.) ¡Ah, bergantes! ¿Qué hacéis aquí? Hace tres horas que os buscamos.

MASCARILLA.— (Al sentirse golpeado.) ¡Ay, ay, ay! ¡No me habíais dicho que los golpes estarían incluidos también!

JODELET.— ¡Ay, ay, ay!

LA GRANGE.— ¡Es muy de vuestro estilo, infame, querer dároslo de hombre importante!

DU CROISY.— Esto nos enseñará a conoceros.

Escena XV

MADELÓN.— ¿Qué quiere decir esto?

JODELET.— Es una apuesta

CATHOS.— ¡Cómo, dejaros pegar de ese modo!

MASCARILLA.— ¡Dios mío! No he querido darme por entendido porque soy violento y me hubiera enfurecido.

MADELÓN.— ¡Soportar una afrenta así, en nuestra presencia!

MASCARILLA.— No es nada; dejémoslo ahí. Nos conocemos desde hace largo tiempo, y entre amigos no va uno a ofenderse por tan poca cosa.

Escena XVI

LA GRANGE.— (Pegándole.) A fe mía, bergante, no os reiréis de nosotros, os lo prometo.

MADELÓN.— ¿Qué osadía es esta de venir a perturbarnos así en nuestra casa?

DU CROISY.— ¡Cómo, señoras mías! ¿Vamos a tolerar que nuestros lacayos sean mejor recibidos que nosotros, que vengan a haceros el amor a costa nuestra y a disponer el baile?

MADELÓN.— ¿Vuestros lacayos?

LA GRANGE.— Sí, nuestros lacayos. Y no es ni bonito ni honesto pervertirlos como estabais haciendo.

MADELÓN.— ¡Oh, cielos, qué insolencia!

LA GRANGE.— Mas no sacarán partido de nuestras ropas para daros dentera, y si queréis amarles será, a fe mía, por sus lindos ojos. Pronto, desnudaos sin dilación.

JODELET.— (Mientras se desnuda.) ¡Adiós nuestro boato!

MASCARILLA.— (Quitándose la ropa.) He aquí el marquesado y el vizcondado por los suelos.

DU CROISY.— ¡Ah, pícaros! ¿Tenéis la osadía de entrar en competencia con nosotros? Iréis a buscar en otro sitio con qué haceros agradables a los ojos de vuestras bellezas, os lo aseguro.

LA GRANGE.— Es ya demasiado esto de suplantarnos y de hacerlo además, con nuestros propios indumentos.

MASCARILLA.— ¡Oh fortuna, qué inconstancia la tuya!

DU CROISY.— Pronto, quitaos hasta menor prenda.

LA GRANGE.— Que se lleven todas esas ropas, daos prisa.

(MAROTTE recoge las ropas y sale de escena con ellas.)

Y ahora, señoras, en el estado en que se encuentran podéis proseguir vuestros amores con ellos hasta que os plazca; os dejamos en completa libertad de hacerlo, y os aseguramos, el señor y yo, que no nos sentiremos nada celosos por ello.

(Salen LA GRANGE y DU CROISY.)

Escena XVII

MADELÓN, CATHOS, JODELET, MASCARILLA y MAROTTE.

CATHOS.— ¡Ah, qué sinvergüenza!

MADELÓN.— Me muero de despecho

MAROTTE.— (Entrando. A MASCARILLA.) ¿Qué es esto?
¿Quién va a pagar a los violines?

MASCARILLA.— Preguntad al señor vizconde.

MAROTTE.— (A JODELET.) ¿Quién le dará el dinero?

JODELET.— Preguntad al señor marqués.

Escena XVIII

GORGIBUS, MADELÓN, CATHOS, JODELET, MASCARILLA y MAROTTE.

GORGIBUS.— (Entrando.) ¡Ah bribones, en buen apuro nos ponéis por lo que veo! Y acabo de enterarme de lindas cosas, realmente, por esos caballeros que salen.

MADELÓN.— ¡Ah padre mío, nos han gastado una broma sangrienta!

GORGIBUS.— ¡Sí; es una broma sangrienta, resultado de vuestra impertinencia, infames! Les ha ofendido el trato que les habéis dado, y sin embargo, desdichado de mí, tengo que tragarme la afrenta.

MADELÓN.— Juro que tomaremos venganza de ello o que moriré en el intento. Y vosotros, bergantes, ¿osáis permanecer aquí después de vuestra insolencia?

MASCARILLA.— ¡Tratar de este modo a un marqués! Así es el mundo: la menor desgracia hace que nos desprecien aquellos que nos querían. Vamos, camarada; vamos a buscar fortuna a otra parte; bien veo que aquí no se ama más que la vana apariencia, y que no se considera nada a la virtud totalmente desnuda.

Escena XIX

GORGIBUS, MADELÓN, CATHOS y MAROTTE.

MAROTTE.— Señor, los violines pretenden cobrar por su trabajo.

GORGIBUS.— (Yendo hacia MAROTTE.) Sí, sí. Voy a pagarles, y aquí tenéis la moneda con que quiero hacerlo.

(MAROTTE se va corriendo.)

Y vosotras, tunantas, no sé qué me detiene para no trataros de igual modo; vamos a servir de mofa y de irrisión a todo el mundo. Esto es lo que habéis conseguido con vuestras extravagancias. Id a esconderos, miserables; id a esconderos para siempre.

(MADELÓN y CATHOS salen corriendo.)

Y vosotros, causantes de su locura, necios desatinos, perniciosas diversiones de los espíritus ociosos, novelas, versos, canciones y sonetos, ¡así se os lleven todos los diablos!

Molière



Jean-Baptiste Poquelin, llamado Molière (París, 15 de enero de 1622-ibídem, 17 de febrero de 1673), fue un dramaturgo, actor y poeta francés, ampliamente considerado como uno de los mejores escritores de la lengua francesa y la literatura universal. Sus trabajos existentes incluyen comedias, farsas, tragicomedias, comédie-ballets, y más. Sus obras se han traducido a todas las lenguas vivas principales, considerado

el padre de la Comédie Française, sus obras se interpretan con más frecuencia que las de cualquier otro dramaturgo actual.

Despiadado con la pedantería de los falsos sabios, la mentira de los médicos ignorantes, la pretenciosidad de los burgueses enriquecidos, Molière exalta la juventud, a la que quiere liberar de restricciones absurdas. Muy alejado de la devoción o del ascetismo, su papel de moralista termina en el mismo lugar en el que él lo definió: «No sé si no es mejor trabajar en rectificar y suavizar las pasiones humanas que pretender eliminarlas por completo», y su principal objetivo fue el de «hacer reír a la gente honrada». Puede decirse, por tanto, que hizo suya la divisa que aparecía sobre los teatritos ambulantes italianos a partir de los años 1620 en Francia, con respecto a la comedia: Castigat ridendo mores, «Corrige las costumbres riendo».

Molière lleva a su culmen la comedia de costumbres y la comedia de carácter: aunque sus personajes están tomados del natural, son a la vez universales, tal como recomendaba Horacio y poseen siempre algún rasgo desmedrado y exagerado que constituye la raíz de su comicidad, de manera que el tema general de su teatro es moral y viene a reducirse a un ataque contra todo exceso: la demasiada franqueza de "El misántropo", el desmesurado afán de quedar bien en sociedad de "El burgués gentilhomme", el deseo inmoderado de atesorar de "El avaro", la abundante piedad e hipocresía del "Tartufo"... y, junto a esto, una defensa de la moderación y el equilibrio.